

FM 739



untamiento de Madrid

FM/739

MADRID Y SUS ARQUITECTOS



56328



Madrid y sus Arquitectos

Consideraciones históricas desde que Madrid es Corte.—Carlos III.—Madrid en el siglo XIX.—Diferentes reformas, 1810, 1835, 1869.—El antiguo y el nuevo caserío.—Construcciones Urbanas; notables Arquitectos que señalan la marcha progresiva y el adelanto en la construcción de Madrid, propagando el buen gusto.—Porque no ha resultado mejor la Villa y Corte.—El moderno Madrid.

SIN oficiar de Cronista, que para ello me faltan títulos y fuera osadía, sin poseerlos, compartir las glorias que en este género conquistaron en la Corte, los Oviedos y Dezas, los Mesonero Romanos y Fernández de los Ríos, y sólo por corresponder á las inequívocas pruebas de afecto y benevolencia de mis compañeros de la Asociación de Arquitectos de Cataluña, he tomado por tema para cumplir el honroso cargo, que aquella ilustre Sociedad profesional me hiciera de colaborar en el primero de sus Anuarios, asunto, que si bien, tratado en distintas ocasiones y en diversas obras por escritores insignes y doctos varones, me ofrecía ocasión de hacer un bosquejo de la Capital Madrileña y de los Arquitectos que á su historia han contribuido hasta nuestros días, materia que á la par que interesante, ofrecer pudiera cierta novedad y distraer á mis amables lectores con algo que no fuesen disertaciones estéticas, investigaciones arqueológicas, problemas científicos, cuestiones prácticas, deslinde de atribuciones, que de continuo y en sus habituales



tareas ocupan preferentemente su atención, y de cuyos trabajos en pro del Arte y de nuestra noble profesión, tan gallardas muestras y tan fructíferos resultados tiene dados la Asociación de Arquitectos de Cataluña.

Parecióme por tanto lo más oportuno, hablar de Madrid y de sus distintas mejoras, señalando la parte principal que ha sabido en ellas á distintos Arquitectos que con sus obras, sus escritos, ó sus trabajos contribuyeron al desarrollo y adelanto de la construcción, introduciendo las corrientes del buen gusto y que como figuras principales de nuestra carrera, dignas son de público testimonio, siquiera sea tributado por el último de los que llevan el título, al que tanto lustre dieron aquellos preclaros varones, para quienes no hay un mausoleo, ni existe una lápida, ni se ha pensado en erigir estatua alguna, hoy que con tan asombrosa facilidad se consagran á notabilidades efímeras, talentos de un día, cuya fama no traspasa los límites de la historia, en cambio de la gloria imperecedera que nos despiertan siempre una Colegiata de San Isidro, un Escorial, un Museo del Prado, una Casa de Moneda y tantos otros Monumentos que con carácter indeleble descubren el sentimiento de un pueblo, la civilización de una época, el carácter de una Sociedad.

¡Gloria y loor eternos á Toledo y Herrera, á Coello Torija Ardemans, y Fr. Lorenzo San Nicolás, á Villanueva y á Rodríguez, á Annibal Álvarez, Gándara, Mendivil, Madrazo, Lema, Rodríguez Ayuso, á los cuales y á otros muchos que viven todavía, gratitud y admiración imperecederas, debe la muy noble y muy leal coronada Villa y Corte de Madrid.

*
* *

Prescindiendo de las encontradas opiniones de los distintos cronistas de Madrid, y alejándome por completo de la eterna discusión entre los panegiristas y detractores de Felipe II, sobre si fué acierto ó error de aquel Monarca, el fijar la Corte en Madrid y si lo hizo por consideraciones de alta política, por la mejor situación geográfica, ó por completo egoísmo, es lo cierto que la primitiva *Majerit*, nombre morisco como

cumple á su origen, latinizado después más ó menos correctamente con los de *Majoridum*, *Mageriacum*, *Mageridum*, *Magritum*, *Matritum*, hasta el de *Madrid* que hoy ostenta; ha sufrido notables transformaciones, que tuvieron su origen á mediados del siglo xvi en 1561, cuando el hijo de Carlos V, hacía pocos años que empuñaba el cetro por abdicación de su padre, y la eligió para nueva Capital de la Monarquía Española.

Era la Villa en cuyas armas campea el oso y el madroño, cuando Felipe II implantó en ella la Corte, una población de treinta mil almas, con un caserío de dos mil quinientos edificios, comprendido en los estrechos límites que siguiendo un perímetro sensiblemente poligonal, tenía como puntos principales el Palacio Real, puerta de Moros, la llamada hoy plaza de Antón Martín en la calle de Atocha, la puerta del Sol, el portillo de Santo Domingo, donde se encuentra actualmente la plaza del mismo nombre á unirse de nuevo con el Alcázar, y á juzgar por los testimonios transmitidos hasta nuestros días, por notables escritores y eruditos cronistas, era Madrid, dechado de feracidad y hermosura en sus campiñas, abundante en frondosos bosques y poblados montes, con extraordinaria y natural dotación de aguas que hacían de esta región una comarca salubre y deliciosa.

Ya en el libro de la Montería del Rey D. Alfonso XI se deja entrever, por la descripción que de Madrid se hace, lo fértil y hermoso de sus campos; más tarde, y en el siglo xvi, el Bachiller López Deza, declara que era Madrid «abundante» en montes poblados, de enormes encinas, castaños, nogales, » robles, pinos, avellanos y madroños » y por último, el historiador Gonzalo Fernández de Oviedo, se expresa en los siguientes términos al hablar de Madrid en 1546 :

« En muchas partes de esta villa, el agua está cerca de la » superficie de la tierra é muy someros los pozos, tanto, que » con el brazo, sin cuerda, pueden tomar el agua en ellos ; » dentro de la población é de afuera, cerca de los muros, hay » fuentes naturales é algunas de ellas de muy singular agua » para el mantenimiento é continuo servicio de los vecinos é » de todo el pueblo, demás de los pilares grandes, é comunes

» albercas, é caños, é abrevaderos para dar agua á los caballos é mulas, é otras bestias é ganados cotidianos del pueblo y en abundancia. Así que con razón se movieron á decir los antiguos que aquella villa está armada sobre agua, ó fundada sobre agua, porque tiene tanta, que dentro del ámbito del muro se riegan muchas huertas, é con la que sobra é sale fuera de la circunferencia, se riegan otras muchas huertas y heredades y alcaceras en los tiempos convenientes, y en grande abundancia, é fuera de lo poblado se encuentra con poca industria é trabajo. »

Y más tarde añade lo siguiente :

« La región de Madrid es muy templada et de buenos aires, et limpios cielos, las aguas muy buenas, el pan et el vino muy singulares de su propia cosecha et en especial lo tinto es muy famoso, et otros vinos blancos et tintos muy buenos, et muchas et muy buenas carnes de todas suertes, et mucha salvagina, et caza, et montería et ciervos, et gamos, et corzos, et muchos y muy buenos conejos et liebres et perdices et diferentes aves, et toros los más bravos de España, de la ribera del río Jarama á dos leguas de Madrid, et muchos caballos et mulas et todas las otras animalias, et bestias, que son muchas, para el servicio de casa et de la agricultura ; et en grande abundancia muchas legumbres de todas suertes, mucha y muy buena hortaliza de todas maneras, diversas frutas verdes y secas, de invierno y de verano. El queso de Madrid et de su tierra es muy excelente, et es del mismo pasto que el de la Villa de Pinto, que es el mejor queso de España, et tal que no se puede decir mejor el Parmesano de Italia ni los cascaballos de Sicilia, et á todos hace ventaja. Finalmente, todo lo que es menester para alimentar la vida humana lo tiene aquella villa, excepto pescado fresco del mar. » ...

Semejante declaración hace presumir de Madrid y su comarca una región esencialmente productora, y si hubiera contado para su futuro desarrollo, como ciudad populosa, y Corte de importante Monarquía, con un río caudaloso, nada hubiera tenido que envidiar á las ciudades bañadas por el Sena, el Támesis, ó el Danubio.

Doloroso es decirlo, y más triste aún tener que confesar, con los detractores de las instituciones monárquicas, que el establecimiento de la Corte en Madrid, lejos de ser causa de una nueva etapa y señal de prósperos resultados para la vida material, sólo fué el comienzo de una no interrumpida serie de estragos y destrucciones que dieron por término reducir á esta Villa y Corte á un estado miserable y ruín convirtiéndola de pueblo productor, en comarca exclusivamente consumidora.

Difícilmente puede creerse, al recorrer con la vista las áridas campiñas que rodean Madrid, que estas mismas, hoy tan descarnadas, se celebraran otro tiempo por su feracidad y hermosura, y que tan abundante en aguas potables fuese esta coronada Villa.

Los desaciertos fueron y han sido muchos indudablemente y grandes los errores; en ello coinciden autores de tan opuesto espíritu como Mesonero Romanos y Fernández de los Ríos, y no cumple á mi propósito hacer aquellos manifiestos. Baste decir que á los cien años de instalada la Corte en Madrid, habían sido talados sus montes, concluyendo con la abundancia de agua, y que en 1724 el Arquitecto Ardemans (1) elevaba un informe al Ayuntamiento, según el cual, y en vista de la escasez que de aquélla se notaba, habría necesidad de mezclar con la de noria la poca que ya quedaba en los manantiales, y se calificó de descubrimiento portentoso los insignificantes viajes de Abroñigal y de Amanuel.

Las abundantes cosechas de vino y trigo, y las no menos de frutas y hortalizas, se perdieron sucesivamente por la escasez progresiva de agua.

El frondoso arbolado mantenía en constante humedad el suelo y el sobrante de las aguas de la villa, era venero de riqueza en las praderas cercanas, donde se criaba excelente y numeroso ganado; se agostaron las primeras y el ganado se extinguió en la Comarca.

(1) D. Teodoro Ardemans, nació en Madrid; fué grande Arquitecto y ejecutó obras de consideración en la Catedral de Granada y en la de Toledo. Hizo la Capilla, palacio y jardines de San Ildefonso. Fué Arquitecto y Fontanero Mayor de Palacio y de la Villa, publicando las *Ordenanzas de Madrid*. Murió en 15 de Febrero de 1726. (N. del A.)

Era, en fin, Madrid, templado y reinaban en él aires saludables merced á los árboles que cortaban los vientos del Guadarrama durante el invierno y refrescaban la atmósfera en el estío; pero su total desaparición ha alterado las estaciones aumentando su rigor, borrando de nuestro calendario la primavera y con ello las condiciones sanitarias que Carlos V puso á prueba para curarse de unas intermitentes, que es hoy uno de los padecimientos endémicos en la Villa.

El aspecto material de ella y la urbanización poco ó nada ganaron con el establecimiento de la Corte. La dinastía austriaca consumió sus tesoros en fundar ochenta y dos ó más conventos con otras tantas iglesias, de mediano gusto, sin que el talento y dotes de Herrera, Toledo, Mora, Vega, Monegro y otros Arquitectos de la época, lograran imprimir á Madrid el sello de grandeza que requería la Corte de la Monarquía. Sólo el alcázar de Carlos V, obra del Arquitecto Vega, enriquecido en manos de los Moras y Crescentis, el puente de Segovia, obra de Juan de Herrera, la Plaza Mayor, debida á Gómez Mora, discípulo del anterior y el sitio del Buen Retiro, con todos los encantos y atractivos de que supo hacer gala el Conde-Duque de Olivares, fueron las obras más notables en dos centurias.

La población, creada, casi, en este período de tiempo, lo fué sin gusto y sin tener en cuenta sus futuras necesidades; el caserío era mezquino, y su construcción y los medios para ella empleados, impropios y en ocasiones contrarios á la buena práctica del arte, diferenciándose tan sólo por su extensión; las casas de los magnates y nobles, de las demás destinadas al vecindario, sin que ninguna de aquéllas merezca el pomposo título de Monumento, ni haya causado, con su desaparición, pena ni duelo para la historia del arte nacional.

Todavía se conservan, aunque completamente transformados y sin que puedan dar idea de sus desdichadas formas primitivas, algunos de los caserones levantados en Madrid en los siglos xvi y xvii. Tales son: la casa situada en la calle del Nuncio, donde hoy se hallan las oficinas de la Nunciatura Apostólica, que fué de la mujer de D. Rodrigo Calderón; la de *Santisteban*, en el pretil de su nombre, que perteneció á

D. Alvaro de Luna; la que fué del Secretario Alonso Muriel y Valdivieso, señalada con el n.º 8 de la Plazuela de las Descalzas y á la entrada del Postigo de S. Martín, obra del Arquitecto Juan de Herrera (1); la de las Siete Chimeneas, propiedad que fué del conde de Polentinos, debida también al insigne Arquitecto referido y que es donde hoy se hallan las oficinas del Banco de Castilla, previa una restauración y reforma de la finca llevada á cabo con mediano gusto y extraño criterio artístico; la del Duque de Alba, en la calle de su nombre, que comprende una extensión de 52,000 pies cuadrados, y que ha sido completamente reedificada; la casa de Oñate, situada en la calle Mayor, construída á fines del siglo xvi y terminada en el xvii á juzgar por su portada y balcón principal, de gusto churrigueresco; y finalmente, el de los Duques de Lerma y Medinaceli, inmenso edificio de 244,728 pies de superficie que comprendía la manzana entre el paseo del Prado, calle de San Agustín, Carrera de S. Gerónimo y calle de las Huertas, derribado recientemente y que ha contribuído á una de las reformas de que Madrid estaba más necesitado, pero llevada á cabo, como todas las realizadas, con poco estudio y no buen sentido.

No se conoció plano de la ciudad hasta 1656, en que se publicó el topográfico de Madrid, grabado en Amberes, notable por la minuciosidad, exactitud, estilo y procedimiento adoptados para su formación, y del cual se conserva todavía un ejemplar en la Casa de la Villa, viéndose en él la muralla ó cerca levantada en 1625 por orden de Felipe IV para evitar la mayor extensión de la ciudad y las muchas entradas y salidas que la misma tenía. Con esta medida quedó Madrid encerrado de R. O. en un círculo de mampostería, cuyos funestos resultados han llegado á nuestros días y que unida al gravamen que desde Felipe II pesaba sobre la propiedad urbana, llamado «Regalía de aposento» sobre las casas de más de un solo piso, contribuyó á limitar y reducir las condiciones del caserío, generalizándose las construcciones ruines y que se denominaron *de malicia*, de las que apenas queda vestigio alguno.

(1) Ya derribada.

Pocos edificios civiles y de muy escasa importancia, multitud de conventos para comunidades de ambos sexos, más notables por su extensión que por su mérito artístico; desatendida la beneficencia, la industria y la instrucción pública; depravado el gusto, corrompidas las costumbres y abandonada la villa completamente, falta de policía, comodidades, seguridad é higiene; tal era el cuadro que Madrid presentaba al finalizar el siglo xvii que al término de su carrera con una administración embrollada y nula y una población amortiguada y fanática, sólo nos muestra como únicas mejoras materiales la suntuosa Capilla de San Isidro, la Real Casa-panadería y el Arco de Palacio, en cuyas obras los Churriguerras y Donosos y otros émulos suyos demostraron su grotesca imaginación, unida á una rara habilidad.

*
* *

En Diciembre de 1710 quedó asegurada la Corona de España en la dinastía de la Casa de Borbón.

Una nueva era de progreso y cultura parecía inaugurarse para la nación española, correspondiendo á Madrid, como capital de la Monarquía, una buena parte de la evolución con este motivo ocasionada.

Protector el Rey Felipe de las Artes y de las Ciencias, fundó Academias, encargadas de su enseñanza y progreso, y se rodeó de célebres artistas, que hicieron renacer el buen gusto, apareciendo de nuevo, siquiera fuese con las galas y el clásico colorido de la Corte de Luís XIV y con pérdida de la lozanía y carácter español, las artes, las ciencias y las letras abandonadas, por no decir perdidas en la última etapa del siglo xvii.

El siglo xviii comienza su carrera, comprendiendo la necesidad de dotar á la Corte de grandiosos edificios y de importantes establecimientos de administración, y durante esta época se emprendieron y llevaron á cabo por iniciativa de Felipe V el puente de Toledo, el Seminario de Nobles, el Teatro de los Caños del Peral, los del Príncipe y la Cruz, la Iglesia de San Cayetano, la de Santo Tomás, el Hospicio, la

Fábrica de tapices y otros varios de consideración; las fuentes públicas de la Puerta del Sol y Plaza de Antón Martín, echándose de ver en todos estos monumentos y edificios el gusto extravagante, pero característico de los Churriguerras, Riveras y otros secuaces que aún quedaban de la anterior centuria.

La obra gigantesca y la construcción más importante de este período histórico fué el Palacio Real, cuya primera traza se debe al abate Jubara, célebre Arquitecto de Turín, y que Saquetti, discípulo suyo, fué el encargado de llevar á cabo. El buen gusto realmente y el arte dieron entonces un gran paso y notable avance, ocasionándose una reacción muy digna de tenerse en cuenta en la historia del Arte español, siendo prueba palpable de nuestro aserto los edificios construidos con posterioridad á tan notable Monumento.

No fué menos provechoso, á pesar de su corta duración, el reinado de Fernando VI para las reformas materiales de la Villa y Corte de las Españas, aun cuando la época y el atraso de ideas no corrieron parejas con el buen deseo del Monarca y su Gobierno. La paz y la abundancia, dueñas absolutas en aquel período tranquilo, resultaron fructíferas para las mejoras materiales y las necesidades morales de este pueblo, de las que cabe la mayor iniciativa al primer Ministro de aquel reinado, el Ilte. Marqués de la Ensenada. Levantáronse edificios importantes; se organizó la Academia de San Fernando, se establecieron el Pósito, los Hospitales generales y las Escuelas Pías, erigiéndose el Monasterio de la Visitación para Religiosas Salesas, hoy templo parroquial de Santa Bárbara, de los más hermosos de Madrid, y en cuyo primitivo Convento se instaló en 1870 el Palacio de Justicia.

Los Arquitectos Carliez y Moradillo fueron los autores de esta obra, en la que tomaron parte varios artistas italianos y los hermanos Velázquez, autores de los frescos que se contemplan en las bóvedas y pechinas. En sana crítica no puede negársele mérito artístico, grandeza de líneas, y cierto carácter regio á la par que monacal; pero sin duda por no responder á los adelantos del Arte y al buen gusto iniciado ya, ó por otras razones que no son del momento exponer, dió lugar á epi-

gramas y apreciaciones mordaces de los escritores de la época que definieron la construcción de las Salesas, diciendo:

«Bárbara reina; bárbara obra; bárbaro gasto; bárbaro gusto», calificaciones exageradas en demasía, y á mi modo de ver injustas y que no hacen desmerecer á los ojos de la actual generación el suntuoso templo, uno de los mejores de la Corte. Bastante más razonado y lógico es ciertamente, dado el gusto de la época y las corrientes del Arte, bello en aquel entonces, que muchos de los que hoy día se levantan con la pretensión de trasladarnos á los siglos XII y XIII, resultando bárbara trasgresión de aquellas lógicas y sublimes concepciones, verdaderas joyas del Arte y cuyas formas, adulteradas y falseadas hasta la saciedad, sirven de absurda vestimenta á toscas fábricas de ladrillo más ó menos agradables á la vista, pero que adolecen de errores y contrasentidos de construcción, que desvirtúan por completo el gran principio creador que presidió en los grandes Monumentos y edificios de la época medioeval que de tal manera se remeda.

Madrid debe al reinado de Fernando VI un documento importante por todos estilos, mediante el cual pudo saberse el caserío exacto, su disposición, estado de conservación y cuantos datos son necesarios para formar un Registro general de la propiedad urbana, constando en él la medición, el valor, la historia de cada finca. Me refiero á la «Planimetría general de Madrid y visita de sus casas, asiento y razón de sus dueños, sus sitios y rentas, formada de orden de S. M. por la Regalía de Aposento de Corte á virtud de Real cédula dada en San Lorenzo á 22 Octubre de 1749» y de cuyo trabajo nos da minuciosa cuenta el donoso escritor D. Ramón de Mesonero Romanos, en su bien escrito libro *El Antiguo Madrid*.

En tan interesante labor, única quizás en España que se ha publicado (1), tomaron parte tan notables Arquitectos como

(1) En 1896 los Arquitectos de la Inspección de Hacienda en Madrid Sres. Castellanos, Reynals, Lampérez, Pardo, Calvo, Olavarría. Guereta y el que escribe, formularon un trabajo de índole parecida, mandado ejecutar por orden verbal del entonces Ministro de Hacienda, Excmo. Sr. D. Juan Navarro Reverter. Dicho trabajo, bastante completo y exacto, dada la premura de tiempo con que se ejecutó

Arredondo, Padierna, Churriguera (D. Nicolás), Moradillo, Pérez Cobo, Miranda, y el que lo era de Palacio D. Miguel Fernández, tardando en su ejecución diez y ocho años, pues no quedó terminado hasta 1767.

De esta época datan la numeración de las casas, el primer plano manual de Madrid, debido al geógrafo D. Tomás López, corregido más tarde por el Arquitecto D. Ventura Rodríguez, y la publicación de las *Ordenanzas de Madrid*, que redactó el Arquitecto Ardemans, en 1724.

A pesar de todo esto y del interés demostrado por tan ilustres Maestros en la Arquitectura en pro del desarrollo y progreso de la Villa, como los límites de ésta continuaban siendo los mismos que en tiempos de Felipe IV no se extendió aquélla más, superficialmente; pero sí aumentó en caserío, construyéndose en aquel entonces casas de tres y cuatro pisos de elevación, subdividiéndose los solares, y creciendo desproporcionadamente su valor, como lo atestigua la tarifa inserta por Ardemans en sus *Ordenanzas de Madrid*, reproducida en varias obras referentes á la historia y descripción de la Villa, y de la cual se deducen los siguientes datos:

	Precio del pie superficial
En las inmediaciones de la Plaza Mayor.	88 reales vellón.
En la Puerta del Sol.	12 » »
En la calle de Alcalá y frente á la hoy iglesia de San José.	4 » »
En la calle de Fuencarral.	6 » »
En la calle de Atocha	5 » »
En la de San Bernardo.	4 » »
En las inmediaciones de las puertas de Alcalá, Toledo, Segovia y Atocha	1 y 1 1/2 » »

La construcción del caserío siguió su marcha, mezquina y deplorable, sin detalle alguno que sobresaliera por su novedad

(un año escaso), contiene multitud de datos importantes, muy digno de obtener la publicidad, y que sin hacer perder el mérito á la obra de nuestros antepasados, llenaría una necesidad muy sentida, que el de nuestros preclaros émulo, por ley natural, no puede ya satisfacer. — (N. DEL A.)

y buen gusto; tapiales de tierra con cadenas de ladrillos de rivera ó encajonados, fábricas entramadas de mampostería y cascotes, carpintería á la *frailera*, puertas de *cuarterones*, cubiertas á *torta y lomo*, pintura al temple para el decorado de habitaciones, y sin desapacecer todavía las causas apuntadas en el transcurso de estas líneas al hablar de épocas anteriores, y por otro lado el mediano gusto reinante de los Arquitectos (dice Mesonero Romanos) y el sórdido egoísmo de los dueños, las calles de Madrid continuaban presentando un agrupamiento discordante de casas altas y bajas, extensas y diminutas, con ridículas fachadas del peor gusto posible; añadiendo el referido autor: «Nada de desmontes ó rellenos» oportunos para disimular desniveles de calles; nada de alineación, ni de proporciones en la altura de las casas; nada de ensanches en la vía pública, ni de disminución ó remedio de sus tortuosidades, ni de conveniente formación de plazas anchas y avenidas de elegante perspectiva; nada, en fin, de ornato exterior, ni de comodidad interior al vecindario», y en amigable consorcio con lo expuesto, la administración y la policía, la seguridad pública y la personal, según el insigne cronista aludido; el cual para dar mayor fuerza á sus argumentos y hacer ver el estado deplorable y triste de la Villa y Corte, al finalizar el reinado de Fernando VI, reproduce íntegros párrafos de un documento anónimo presentado al Rey en el primer año de su advenimiento al trono (1), y del cual el autor de las *Memorias de un setentón* sacó partido para el plan de reformas y mejoras locales, que propuso al Ayuntamiento de Madrid, como Concejal del mismo en 1846, reformas realizadas para bien de este pueblo, muy paulatinamente y con poca grandeza de miras y espíritu, indicándose también en el referido documento anónimo de 1746, es decir, un siglo antes, algunas importantes reformas y proyectos, cuya necesidad se deja sentir hoy todavía. ¡Tal estado de incuria por parte de los gobernantes y tal apatía

(1) Discurso sobre la importancia y ventajas que pueden producir la creación del Gobierno político y militar de Madrid, nuevamente creado.

por quien defiende los intereses del pueblo nos vienen dominando!

*
* *

Entra la historia de la Villa y Corte en un periodo completamente nuevo y de trascendencia. El comienzo de una nueva era de adelanto, cultura, ilustración y progreso se inicia en la capital de España al sentarse en el trono el Rey D. Carlos III. Bajo su cetro, salió Madrid del letargo en que indudablemente se encontraba.

Dos célebres y notables Arquitectos, verdaderos restauradores del arte, supieron llevar á cabo, y realizar, con su ciencia y su arte, su talento y su buen gusto, las obras más importantes y los edificios públicos más notables que hoy ostenta todavía la capital de España. Al paso que esto acontecía en el campo de la Arquitectura, la Administración adquiría la importancia propia de una capital, y se esmeraba en realizar notables mejoras en la policía y seguridad públicas.

Carlos III, auxiliado en sus planes por los insignes Arquitectos Villanueva y Rodríguez, realizó la construcción del Museo del Prado, de la Aduana (hoy Ministerio de Hacienda), de las puertas de Alcalá y de San Vicente, de la Casa de Correos, de la Imprenta Nacional (hoy oficinas de Telégrafos), del Hospital general, cuya traza del ingeniero Hermosilla terminó Sabatini, así como el templo y Convento de San Francisco el Grande, que comenzó el Arquitecto D. Antonio Pló, el Observatorio Astronómico, las Reales Caballerizas, la fábrica Platería de Martínez, obra del Arquitecto Vargas, y las de Tapices y de la China; embelleció Madrid con paseos como el Prado, el de la Florida y el de las Delicias; abrió el canal del Manzanares, y dotó á la Corte, en fin, de multitud de caminos, facilitando las comunicaciones.

La instrucción pública y la cultura nacional dió un paso gigantesco, así como también la industria y el comercio; fundó Carlos III Academias y Museos, Colegios y Cátedras públicas, estableció el Jardín Botánico, el Museo de Ciencias naturales y el Banco nacional de San Carlos.

Semejante figura de la Historia de España y protector de-



cidido de la Villa y Corte, su verdadero restaurador, no ostenta en sitio alguno un Monumento que perpetúe su memoria; censurable es en verdad ingratitud semejante con quien tanto procuró por Madrid, y en cambio se proyectan monumentos y se levantan estatuas á quienes nos causaron la ruina y la desgracia.

He dicho que dos notables Arquitectos lograron realizar notables obras que immortalizan su nombre.

Rodríguez y Villanueva, tanto por ser realmente los restauradores de nuestro arte, que se acababa, cuanto porque, la Arquitectura tomó, debido á su influencia, una nueva fase, punto de partida de la importancia que después justamente ha adquirido, paréceme oportuno dedicar algunos párrafos á tan insignes Maestros, recordando sus principales obras, modelos de buen gusto y corrección de estilo.

Rodríguez y Villanueva aparecen en el momento en que el churriguerismo, al influjo de sus delirantes extravíos, hijos de imaginación loca, ocasionaba, con las obras que todos conocemos, la total ruina de la Arquitectura. Semejante decadencia necesitaba de una reacción para salvar el arte del extravismo en que la fiebre de sus mantenedores le habían convertido, y tal empresa estaba reservada á tan ilustres Arquitectos.

Natural, D. Ventura Rodríguez, de Ciempozuelos, provincia de Madrid, y D. Juan de Villanueva de la villa y Corte, llevaron veintidós años, por lo que llegaron á ser contemporáneos y educados los dos con verdadero entusiasmo en el arte que emprendieron, han sido las dos figuras principales en la Arquitectura española del siglo XVIII, y sus verdaderos regeneradores.

Fué el primero discípulo de Esteban Marchán, y bajo su dirección trabajó en las obras del Palacio de Aranjuez como delineante suyo, cargo que desempeñó más tarde en Madrid, con Jubara en las del Palacio Real, de las que fué director algún tiempo después de la muerte de aquél.

Fernando VI le nombró Arquitecto Mayor de los Reales Palacios y fué Director de Arquitectura en la «Academia de San Fernando», y socio de mérito de la de «San Lucas», de

Roma, ejerciendo el cargo de Arquitecto y Fontanero de la villa de Madrid.

Vivió en esta Corte, en la casa que aun existe, en la plaza de la Cruz Verde, esquina á la calle de Segovia.

Proyectó y dirigió notables obras, entre las que se cuentan la reforma del Paseo del Prado, siendo autor de las ocho fuentes que lo embellecen : de la Cibeles, Apolo, Neptuno, las cuatro de la Glorieta, frente al Botánico, y la de la Alcachofa, hoy trasladada al Parque de Madrid ; las Casas-Palacios de Bobadilla, del Duque de Liria, y de los Marqueses de Altamira, y por último, la Iglesia de San Marcos, en la que se admiran el buen gusto y la notable sencillez con que este Arquitecto caracterizó todas sus obras.

Esta última no la vió terminada, pues no lo fué hasta 1793, y en 1785 falleció el personaje de que me ocupo ; pero cuentan que exclamaba en el último período de su vida, riéndose del citado edificio: « Ahora debía yo empezar á trabajar ».

Su vida no deja de presentarnos ejemplos curiosos de la lucha que hubo de sostener en distintas ocasiones, para que sus fueros no sufrieran menoscabo, y no fué de las menores contrariedades la que se le ocasionó con motivo de la construcción de la nueva Casa de Correos, en 1768, pues luego de presentar magníficos planos, prevaleció la intriga, y fueron preferidos los de un ingeniero francés llamado Jaime Marquet, que había venido á Madrid para estudiar el empedrado de sus calles, obra que corría á cargo de D. Ventura, como Arquitecto de la Villa, dando esto origen á la célebre frase « Al Arquitecto la piedra, y la casa al empedrador ».

Los restos mortales del ilustre Arquitecto estuvieron depositados en las bóvedas de la Iglesia de San Marcos. En 1870 y cuando se decretó la creación de un Panteón Nacional, fueron trasladados á él, en unión de los de Villanueva, y posteriormente, ambos á la cripta de la Capilla de Nuestra Señora de Belén, existente en la Iglesia parroquial de San Sebastián, de esta Corte, propiedad de los Arquitectos, y donde se conservan todavía.

La villa de Ciempozuelos ha erigido una fuente monumental, coronada con la estatua de su preclaro hijo, en tanto



que Madrid no se ha cuidado de levantar á éste ni á su émulo Villanueva, el más modesto monumento (1).

D. Juan de Villanueva nació en 1739 y murió en 1811, viviendo, por tanto, setenta y dos años, durante los cuales trabajó con gran fe y verdadera constancia por el arte, del que tan notables obras nos legó.

Hermano de D. Diego Villanueva, Arquitecto también, trabajó con él en las obras del Real Palacio, y tan rápidos fueron sus progresos, y tales sus disposiciones para el estudio de las matemáticas y del dibujo, que á los 14 años obtuvo un premio de la «Academia de San Fernando» y otros consecutivos en 1756 y 1757, obteniendo en 1758 una plaza de pensionado en Roma, en donde permaneció siete años; al cabo de los cuales regresó á España, recorrió Granada y otras capitales á fin de conocer el arte nacional, y visitó en el Real Sitio de San Lorenzo, donde estudió á Toledo y Herrera.

En 1767 fué nombrado Académico de mérito de San Fernando. Desde entonces puede decirse que data la serie de sus trabajos notables, cuya enumeración sería prolija y difusa.

Las trazas de sus obras todas, se distinguen por un sello característico de buen gusto, sencillez, excelente composición y ajustadas proporciones. Para corroborarlo basta contemplar la Columnata de la Casa Ayuntamiento, el Observatorio astronómico, la Iglesia del Caballero de Gracia, el Museo del Prado y la portada del Jardin Botánico.

Su influencia fué indudablemente beneficiosa para la enseñanza del arte y para el desarrollo del buen gusto, extraviado por sus antecesores. En unión de su hermano don Diego y de D. Ventura Rodríguez, consiguió, tanto desde la Academia como con la práctica de su noble profesión, dar un gran paso, no sólo en el arte de construir, sino también en la

(1) Después de escrito este trabajo, ha publicado la Biblioteca del «Resumen de Arquitectura», una interesante Monografía de D. Ventura Rodríguez, que recomendamos á nuestros lectores por los muy curiosos datos que contiene (Madrid. 1 tomo. Noviembre, 1898); y en los momentos actuales (Enero, 1899), se agita la idea en la Sociedad Central de Arquitectos, que ojalá se confirme, de erigir á tan insignes Maestros un Monumento, hace tiempo en proyecto.

manera de ver el arte arquitectónico, que si bien hubo de sujetarse á un patrón y responder á cierta rutina, no era dable otra cosa á los que florecieron en una época en que, rotos los diques, se desbordaba la imaginación de una manera cruel, necesitando para encauzar el arte á su verdadero camino, ampararse del clasicismo pagano; más tarde, reducido á reglas y preceptos por Vignola, cuya obra tradujo D. Diego Villanueva, creyendo prestar, quizás entonces y luego á los que le sucedieran, un señalado servicio, sin prever los males sin cuento y las fatales consecuencias, que por el contrario á las generaciones venideras habrá de producir, por lo que á la Enseñanza artística se refiere y á la composición Arquitectónica precisa, semejante colección de recetas y preceptos, verdadero veneno para las aulas de nuestros centros de enseñanza de las Bellas Artes. Por fortuna los errores de tal sistema se han conocido algo tarde quizás, y hoy el Arte camina con distinto rumbo, aunque tampoco es el suyo verdadero, pues en la Arquitectura se refleja, en fuerza de ser ecléctica, una falta de sentido y de lógica, y una de sinrazones que no caben en nuestro arte, y que sin remedio nos llevan á un período de lamentable decadencia, si no nos encontramos ya en su completo desarrollo, gracias á las corrientes del *modernismo*, que no son las que el Arte moderno reclama, necesita y debía tener.

* * *

Al morir Carlos III, en 1788, detúvose instantáneamente el movimiento que había impreso á la Nación; su reinado fué sin duda alguna una época de apogeo, que perdió su esplendor por nuevos desaciertos, que dieron lugar á sucesos políticos bajo cuya influencia, la cultura del país y las mejoras de la Villa y Corte decayeron notablemente.

Las iniciadas y llevadas á cabo, en parte, por el paternal Carlos III, si no respondían á un plan general, estaban inspiradas en un espíritu recto y noble; de las que pudo sacarse mucho partido si un hombre de corazón y animoso hubiera dominado la difícil situación de España en los momentos en que nos amenazaba la formidable Revolución francesa.

El favorito Godoy, dotado de cierto no vulgar talento, no dejó, á pesar de sostener marcadas luchas con sus adversarios políticos y de alimentar su denodada ambición, favorecida por la debilidad de las personas reales, de acometer algunas empresas, protegiendo á las Letras, las Ciencias y las Artes, ofreciendo bajo este punto de vista un aspecto brillante la Corte de Carlos IV. El pintor Goya, el escultor Carmona, el Arquitecto Villanueva, ya célebre en el reinado anterior; hombres como Jovellanos, Moratín, Quintana, Bails, Cavanilles, Clemencín, Cienfuegos y otros muchos, brillaron en aquella época, en la que la instrucción pública recibió un gran impulso. Fundáronse, el Depósito Hidrográfico, la Escuela de Ingenieros, la Institución Pestalozziana y el Conservatorio de Artes; se combatió el fanatismo, y preveyendo la desamortización civil y religiosa de la futura revolución, procedióse á vender miles de casas ruinosas y mezquinas, afectas á fundaciones religiosas, que abrieron un nuevo manantial de riqueza, dando origen á una notable variación en el caserío y en la propiedad urbana.

Aun cuando la Administración pública y la local siguieron poco más ó menos envueltas en las mismas confusiones y trabas que tenían sumido al país y al pueblo en completa ignorancia de sus propias fuerzas é iniciativas, y aun cuando también el aspecto general de Madrid presentaba en lo referente á servicios urbanos y seguridad, el deplorable cuadro del siglo anterior, sin embargo, respecto de lo que motiva mi propósito, debe hacerse constar que el buen gusto en las artes se iba infiltrando en la opinión general y que un verdadero progreso se inició en las construcciones particulares y edificios públicos.

De aquella fecha son la Fábrica de Tabacos y el Convento, hoy cuartel, de San Gil, obra del Arquitecto Martín Rodríguez, sobrino y discípulo de D. Ventura, al cual se debe también el edificio que existió en la calle del Turco, que después de construirse para Almacén de cristales de la Granja, tuvo varias aplicaciones, llegando á ser Conservatorio de Artes, en cuyos salones se celebró en 1828 la primera Exposición de Industrias, y derribado más tarde para la apertura de la calle

de la Greda (1), fué en parte Escuela de Ingenieros civiles, ocupándose otra por Dependencias de Hacienda y Escuela de Artes y Oficios tal como existen en la actualidad, y habiendo sido derribada la referida Escuela de Ingenieros, ha dado lugar á la edificaci3n de varias casas de alquiler y á la propia del periódico *El Liberal*.

Pertenecen también á la 3poca de que me ocupo, el Convento de las Salesas Nuevas, de escaso mérito, y las construcciones particulares del Palacio de Buenavista, obra del Arquitecto Arna1; la Casa de los Gremios; la del Nuevo Rezado, hoy Academia de la Historia, edificio trazado por Villanueva, y el Palacio de Villa-Hermosa, suntuosa obra de los primeros años de este siglo, construído bajo los planos y direcci3n del Arquitecto D. Antonio López de Aguado.

Este bello edificio es una de las construcciones más importantes de Madrid y denota un adelanto grande en la construcci3n y en el empleo de ciertos materiales. El ladrillo agramilado, en combinaci3n con la piedra granítica, en jambas, repisas, guarda polvos, impostas y cornisa, constituye sus fachadas; la sencillez y buen gusto y la excelente proporci3n de sus huecos y macizos campean en todo el edificio; la escalera ofrece cierta suntuosidad y la magnificencia y lujo de la ornamentaci3n en el interior, las dimensiones de sus salas y los mil detalles que se ostentan, tal como la bóveda artesonada con lunetos que cubre el espacioso salón de baile, demuestran el gran paso dado en la construcci3n civil.

*
* *

A partir de esta etapa, tres fechas importantes: 1810, 1836 y 1869, simbolizan las grandes reformas que han sacado á Madrid de la condici3n á que venía sometido desde los tres siglos en que figuraba como Corte y Capital de las Españas.

La base principal, el punto de partida, el origen, en una palabra, de los planes, después trazados y realizados en parte, arrancan desde el advenimiento al trono español de José Bo-

(1) Hoy de D. Federico de Madrazo.

naparte. A él (verdadera declaración que parecería herética á nuestros antepasados), se debe el primer estudio serio de reformas en Madrid y á su iniciativa las primeras medidas tomadas para convertirla en verdadera Capital.

El rey intruso demostró gran conocimiento y estudio de este pueblo y de los males que sobre la Villa pesaban; y no sin las protestas consiguientes del elemento clerical y del mismo pueblo, que injusta y erróneamente, y sin otro móvil que una sistemática oposición á la realización de tales reformas, hubo de llevar á la práctica, Bonaparte, aquellas de las que, más tarde, se han apreciado sus benéficos resultados.

Preludiando la desamortización religiosa y civil, y continuando el plan comenzado por Godoy, inició y llevó á cabo el derribo de los Conventos de Santa Catalina, de Premostenes, de Santa Ana, de Santa Bárbara y de Afligidos, en cuyos solares y terrenos adyacentes se formaron la plaza de las Cortes, la de los Mostenses, la del Príncipe Alfonso, y la de Afligidos, dando lugar todo ello á la construcción de fincas particulares de muy distinta forma y condiciones hasta las entonces conocidas, y debidas ya al ejercicio del verdadero interés individual.

Derribáronse también entonces las iglesias de San Miguel, Santiago, Santa Clara y San Juan, que produjeron la gran reforma de la Plaza de Oriente y apertura de las calles de la Amnistía, Santa Clara, Lepanto, Pavía, Vergara, Ramales y Requena, y originaron la construcción del numeroso caserío que tan extensa barriada conserva todavía. Finalmente, en aquella época se formó el jardinillo existente en la plaza de San Martín á causa de haber demolido también el convento de su nombre.

A José I se debe la formación del Museo de Pinturas y la fundación de la Bolsa para la contratación de los valores públicos, y en su tiempo se llevó á cabo la erección de Monumentos notables, entre otros la Puerta de Toledo, el antepecho de la plaza de Armas; la de la Armería; la conclusión de la Alcantarilla del Prado, y él fué el iniciador de levantar un Monumento á Cervantes, idea que no pasó por las mientes de ninguno de los anteriores monarcas españoles.

Injusto sería negar á José Bonaparte los grandes talentos é iniciativas que la reforma de Madrid necesitaba. Lo demuestran sus proyectos no realizados, en parte por la animosidad y el odio desarrollados contra el Rey, y en parte por el período corto de su reinado, y de no haber faltado á su Gobierno la fuerza moral y los medios materiales necesarios para realizar tan costosas reformas, éstas se hubieran llevado á cabo con grandeza de miras, dando á Madrid un aspecto completamente distinto del que hoy presenta.

En el plan de reformas en aquel entonces proyectado, entraba: la formación de la Plaza de Oriente, de gran diámetro y punto de partida de un *boulevard*, cuyo eje fuera en línea recta á la Puerta de Alcalá; la continuación del Palacio Real hasta la Armería, y el empalme de ésta con los barrios de las Vistillas, por medio de un puente monumental, ya propuesto por Saquetti á Felipe V; transformando San Francisco el Grande en Palacio de las Cortes; el ensanche de las calles del Arenal y la Puerta del Sol, formando un teatro en la manzana donde estuvo el Buen-Suceso; la construcción de la Bolsa de Comercio, en el lugar que ocupaba el Convento de los Basilios, y finalmente, el establecimiento de Cementerios extramuros de Madrid, idea ya planteada en tiempos de Carlos III, y única obra que realizó el hermano de Napoleón en descargo indudablemente de su conciencia atormentada, á no dudarlo, por los miles de cadáveres que la desmedida ambición del derrotado en Bailén produjo en la coronada villa.

Los Arquitectos Martín Rodríguez, ya mencionado, y el célebre Villanueva, á la sazón caduco, trazaron los dos primeros cementerios, que se denominaron del Norte y del Sur; situados respectivamente en las afueras de las Puertas de Fuencarral y de Toledo; siendo lo único notable de ambos la capilla del primero.

Desde esta época data el sistema del establecimiento de nichos, por cuya razón los referidos Arquitectos, que no estuvieron muy afortunados en la obra á que me refiero, son responsables de la imitación que de estas lamentables construcciones se han venido haciendo en toda España.



Fuera del derribo del Teatro de los Caños del Peral, y el comienzo de las obras del de Oriente, cuya plaza del mismo nombre sufrió una nueva reforma que, estropeando el plan trazado por José I, afortunadamente no llegó á prosperar; de la celebración del primer palenque industrial en el Conservatorio de Artes; la formación de la Biblioteca Nacional y la creación del Conservatorio de Música; la terminación de la Puerta de Toledo, del Cuartel de Caballería á la bajada de Palacio, y de la colocación de la estatua de Cervantes en el lugar que hoy ocupa de la Plaza de las Cortes, pocas fueron las grandes reformas llevadas á cabo en el período *calomardiano* que medió entre los años de 1823 á 1833, en que murió el Rey D. Fernando VII.

Durante este tiempo, el Arquitecto López Aguado, ya referido autor de la Puerta de Toledo y de la traza del Teatro Real, en cuyas obras más tarde le substituyó su colega Moreno, el Arquitecto de la Villa, Mariategui, autor de la fuente de la Red de San Luis, del Obelisco de la Castellana y de otros monumentos; D. Isidoro Velázquez, autor del pedestal de la estatua de Cervantes y del Cuartel de Palacio, fueron los que más se distinguieron y trabajaron, además de los Arquitectos Sánchez, Guallart, Cachavera (D. Antonio Juan) y Andrés Coello, que por entonces empezaban á practicar la profesión, construyendo ó reformando gran parte de las nuevas fincas que se alzaron ó que ya existían, á causa del aumento de población y de las mayores necesidades.

Formóse entonces la «Sociedad de Seguros mutuos contra incendios», y se verificó también la desamortización y venta de las fincas de los extinguidos monacales, se constituyeron multitud de empresas y compañías industriales para la rápida comunicación, para el abastecimiento público y para la elaboración de artefactos desconocidos, empezándose realmente á disfrutar en Madrid de relativas comodidades, de más elegancia en las habitaciones y á tener satisfechas ciertas necesidades que hasta entonces fueron desconocidas.

La segunda etapa de reformas fué en 1836, reinando ya D.^a Isabel II. La villa de Madrid sufrió en aquel período una

completa metamorfosis. Por una parte la revolución política, que hizo variar por completo la organización administrativa; por otro lado la supresión de las comunidades religiosas fué causa de que multitud de conventos se destinaran á oficinas, cuarteles, asilos de beneficencia y sociedades literarias, siendo derribados otros muchos, así como algunos Monumentos, presentando en la historia del pueblo madrileño una nueva época de constitución bien distinta á todas las anteriores.

A esta gran renovación corresponde la demolición del Convento de San Felipe el Real, tomándose la calle y plaza de Pontejos y calles de Esparteros y del Correo; el derribo del Convento de San Felipe Neri, con lo cual se ensanchó la Plaza de Herradores, formando las calles de San Felipe Neri, Bordadores é Hileras; del de la Victoria, sobre cuyo solar se edificaron hermosas casas particulares que forman las manzanas que hoy existen entre las calles de la Victoria, Espoz y Mina y Carrera de San Jerónimo; el derribo del Convento de la Merced, que dió lugar á la Plaza del Progreso; el de las monjas del Pinto, que permitió el emplazamiento de las elegantes casas de Rivas y Sotomayor en la Carrera de San Jerónimo; el del Noviciado, á la Universidad de Madrid; el de Capuchinos de la Paciencia, á la plaza de Bilbao y calles adyacentes con el caserío en ellas formado, y en fin, el de Baronesas, el de los Angeles y el de las Vallecas, que motivaron la construcción de fincas particulares de gran importancia, tales como las casas de Riera, Casariego, Fornos, y Ceriola.

Demoliéronse las Iglesias de San Salvador en la calle de Luzón y los conventos de Recoletos y San Fernando, iniciándose con esto último la gran reforma y transformación de Madrid, gracias á la erección de notables palacios y hoteles como los de Salamanca, Marqués de Campo, Vegamar, y otros que á no tardar fueron origen del ensanche y desarrollo verificados por esta parte de la capital.

Crecieron las necesidades administrativas, y las grandes casas de la antigua nobleza vinieron á ser dependencias gubernativas provinciales y municipales, y, como queda dicho, muchos conventos para Ministerios y dependencias públicas;

tal sucedió con el de la Trinidad, convertido en Ministerio de Fomento hasta época reciente; el de D.^a María de Aragón, para Senado; el de San Bernardino, en Asilo del mismo nombre; el de San Isidro, para Instituto; el de Santo Tomás, en Consejo Supremo de Guerra y Marina; los de Atocha y San Francisco, para cuarteles; el del Carmen, para Hospital de Incurables; el Seminario, para Hospital militar; levantándose entonces el Colegio de San Carlos, el Teatro del Circo, el Obelisco de la Castellana.

Tan importante y trascendental reforma originó un gran adelanto constructivo, uniéndose al interés y buen gusto desarrollados por las exigencias de la época, la circunstancia feliz de que estuviera al frente de la Administración municipal una autoridad celosa, persona ilustrada, conocedor práctico de las necesidades de la Corte, y con un don de Autoridad poco común; como era el Marqués viudo de Pontejos, corregidor de Madrid por aquellos años. Reformáronse en su tiempo la numeración de casas y rotulación de calles; las aceras y empedrados; la limpieza y alumbrado se corrigieron notablemente; se terminaron varios edificios y Monumentos públicos, entre otros, cuatro mercados cubiertos, y el mausoleo del Dos de Mayo; se formaron nuevas plazas, plantándose árboles en ellas y en las calles principales.

Por lo que á la construcción respecta, la variación fué verdaderamente total; hasta 1835 las casas respondían á un insoportable patrón bien mezquino por cierto, y por fortuna ya roto para siempre: tres hiladas de sillería determinadas por la Ordenanza, como base, una fachada de ladrillo con huecos iguales y simétricamente colocados; alero con canecillos de madera y revoco á la cal imitando piedra ó ladrillo, jambas, impostas y demás elementos fingidos, balconaje sencillo y persianas pintadas de verde casi siempre, y en las cubiertas ventanas abohardilladas de las de *asiento de perro*; esto, en cuanto al exterior. Respecto á su interior, era y lo es (pues aun existen algunas) deplorable, porque en el afán de aprovechar terreno, son las habitaciones verdaderos *tabucos*; las escaleras completamente á oscuras; se abusaba de las alcobas (dormitorios), de segunda luz, que era un encanto;

el retrete siempre en la cocina, á cuya superficie se le quitaba una vara en cuadro con aquel objeto, cuando no se colocaban á la vista, adoptando el sistema *á la italiana*, y era de rigor destinar la primera crujía á la sala y dos gabinetes, sin salida directa casi siempre; habitaciones inútiles en la mayoría de las veces y con cuyo resabio, á pesar de la influencia extranjera en nuestras costumbres, continuamos todavía.

Estas casas, llamadas *nuevas*, en su tiempo fueron substituidas en 1836 por otras en que pudo alojarse el vecindario decentemente. En aquella época se edificaron varias casas particulares notables, así por su aspecto exterior como porque en su distribución se observa cierta novedad y variación importantes en beneficio del particular y de la higiene privada, adoptándose en su construcción el empleo de ciertos materiales, cuyo uso era desconocido y disponiéndose en algunas de ellas, los *sólanos* ó *cuevas* que tanto asustaban á nuestros antepasados, si bien se construían éstas con bóvedas á rosca, por lo que no era dable en todos los casos por su elevado precio en la mano de obra, construirlos.

De aquel entonces son, entre otras que podría citar, las casas de Casa-Irujo, Santa María, Barrio y Casariego, en la calle de Alcalá; la de Sevillano; de la calle de Jacometrezo; la de Bayo y otras en la calle de la Greda (1); la de Osma, en la del Turco; la de Cordero, en la calle Mayor, hoy de los herederos de Manzanedo, y cuya planta baja ocupa el Bazar de la Unión; las de Mariátegui y Mateu, en la calle de la Victoria; la de Murga, en la Plaza del Rey; las ya dichas de Rivas y Sotomayor, en la Carrera de San Jerónimo, y muchas más que como alguna de las referidas han pasado á ser propiedad de distintos dueños de los que llevan el nombre con que todavía se las distingue.

*
* *

Durante el período de tiempo que medió entre el año 1836 que acusa la gran renovación de Madrid hasta el de 1869, que señala otra nueva transformación de la Villa y Corte,

1) Hoy de D. Federico de Madrazo.



hubo un período turbulento, notable por las revueltas políticas pero al propio tiempo beneficioso para la reforma material de la población: tal fué el de 1840 á 1860, durante el cual se crearon el Museo Naval, se construyó la Universidad, la Glorietta de la Plaza de Oriente, se reformó la cuesta de la Vega, se continuaron las obras del Palacio Real, se levantaron el Teatro de Variedades y la Iglesia de Chamberí, se formó el Museo Nacional de Pintura y Escultura, se edificó el Palacio del Congreso, el Teatro Real, y se arregló el Archivo de la Nación.

Verificóse en esta veintena de años, y allá por el de 1854, el ensanche de la Puerta del Sol, se acordó la construcción de una Casa-Fábrica de Moneda, se verificó la traída de aguas del Lozoya para abastecimiento de la Villa, lo cual hizo variar en absoluto sus condiciones, y cuyo acontecimiento, que tuvo lugar el 24 de Junio de 1858, constituye con el establecimiento del primer ferrocarril ocurrido en 1850 los dos sucesos más notables y decisivos del Madrid del siglo xix.

En el espacio de tiempo que nos ocupa se construyeron los teatros de la Zarzuela y de Novedades, el Matadero y los monumentos de Argüelles, Mendizábal y Calatrava, y por último, en 1860, se llevó á cabo el Paseo de Recoletos y su ensanche, la construcción del Tribunal de Cuentas y Casa de Moneda, el Cuartel de la Montaña, el Hospital de la Princesa, empezándose á formar los barrios de Salamanca, Argüelles y Pacífico. Contribuyendo no poco á la reforma material y nuevo aspecto de la Villa, el plan de mejoras presentado al Ayuntamiento de Madrid en 1846, por su concejal D. Ramón de Mesonero Romanos, insigne y honrado patricio, cuya memoria tampoco ha sido grandemente respetada por el pueblo que le debe, entre otras cosas, y aparte de sus escritos, reformas, crónicas de la villa, un plano geométrico mandado formar en la referida fecha por la Corporación Municipal.

Hacer un estudio detenido de cada uno de los edificios particulares y públicos construídos en esta etapa tan saliente para la historia madrileña y transcribir la biografía de los Arquitectos que con sus talentos, buen gusto, excelente disposición y excepcionales condiciones, contribuyeron al embe-

llecimiento, desarrollo y reforma de Madrid desde 1836 á 1860, fuera tarea demasiado pesada para mis lectores, cuya ilustración y cultura me exime desde luego realizar.

Creadas en 1844 las enseñanzas especiales de las Bellas Artes, y formada en 1845 la Escuela de Arquitectura bajo la dependencia de la Academia de San Fernando, en 1857 quedó clasificada de Estudios Superiores, y como tal bajo la dependencia de la Universidad central, con cuya tutela, sin razón de ser, continúa todavía. Sin entrar en el estudio ni examen de las distintas fases que ha presentado la enseñanza de nuestra carrera, ni de la gran reforma sufrida en 1864, es lo cierto que su creación contribuyó indudablemente á la formación del buen gusto y su influjo se dejó sentir notoriamente en la década de 1850 á 1860, en cuya época la construcción, los medios para llevarla á cabo, las nuevas ideas surgieron como por encanto, siendo totalmente nueva la manera de construir, que dió lugar al elegante caserío que se levantó y cuyo influencia continuó después hasta los años de 1870 al 1875.

De toda aquella pléyade de Arquitectos que figuraron hasta el año 1850 y cuyos nombres van unidos á importantes edificios, á luminosos informes Académicos y Administrativos, á doctas explicaciones, á notables escritos y obras científicas, y que en vida se llamaron Ibarrola, Lafuente, Morán, Laviña, Colomer, Castro, Llanos, Anníbal Alvarez, Peyronet, Lallave, Gaviña, del Valle, Calvo, Esteban Puertas Crespo, Cámara, Mendieta, Enríquez, Utrilla, Núñez Cortés, Hernández Callejo, Colubí, Sureda y Gondorff; dos figuras principales se destacan, que influyeron indudablemente en la marcha del Arte en Madrid y de la construcción; éstos fueron D. Narciso Pascual Colomer y D. Anníbal Alvarez, verdaderos fundadores, puede decirse, de nuestra Escuela Superior, y padres de nuestra carrera, los cuales, con la ayuda de doctos profesores, encauzaron la enseñanza y dieron margen á la importancia que la profesión adquirió más tarde.

Anníbal Alvarez, aunque apasionado del arte romano, en el que veía la única forma del arte posible, y fuera de esta que pudiéramos llamar obsesión, de lo que quizás se hubiese él mismo convencido con su buen talento, era hombre de

excelente criterio artístico, de vasta ilustración y de un refinado gusto, por lo que marcadamente sobresalió entre todos los de su época, y claramente lo demuestran dos importantes casas, entre otras que construyó: la del conde de Bernar, en la Carrera de San Jerónimo, y el palacio de Castro-Enríquez, en la calle del Arenal, pudiendo decirse que su figura señala la primera etapa de la Arquitectura, si no madrileña, porque en Madrid no ha existido Arquitectura propia, sí de la construcción y del buen gusto, puesto que introdujo ciertos procedimientos tanto en la estructura como en la disposición interior, así como en los ornatos y detalles complementarios, señalando un plan de nuevos procedimientos, conspirando á un fin artístico y de cultura del que hasta entonces se había carecido.

Por aquella época, se distinguieron también en varias construcciones particulares que tienen sello característico y en las que campea la sencillez y elegancia, los Arquitectos Ibarrola, Lafuente, Morán y Lavandera (padre), Enríquez y Gaviña, y aun existen, para atestiguarlo, las casas números 76 y 78 de la calle Mayor; las de Santa Marta y Casa Irujo, de la calle de Alcalá; la de Sotomayor, en la Carrera de San Jerónimo, y de Montañes, en el Paseo del Prado, entre otras mil que mi memoria no recuerda.

Siguió adelantando la construcción, empleándose nuevos materiales en ella. Las necesidades crecieron y el comercio exigía grandes locales en plantas bajas para el establecimiento de sus tiendas y almacenes; el hierro empezó á sustituir á la madera; suprimiéronse en algunas construcciones aquellos entramados cuyos pies derechos en planta baja, revestidos simulando columnas ó pilares robaban un espacio precioso á los locales que por su destino necesitaban ser lo más diáfanos posibles, cuales eran los cafés que por entonces empezaron á tomar carta de naturaleza entre nosotros; suprimiéronse las escaleras conventuales y las escaleras á la francesa se empezaron á introducir en la construcción; los inodoros para los retretes; las persianas de librillo y los corridos de yeso se aclimataron en Madrid, sufriendo la carpintería de taller, antes á la *frailera*, notable transformación al

ser colgada con los célebres pernios llamados de Tomás de Miguel.

Por esta época regresó á España de su viaje de pensión por el extranjero, el Arquitecto D. Jerónimo de la Gándara, sentando sus reales en Madrid; á sus condiciones poco comunes, de notable dibujante y purista en el estilo, ha de agregarse un exquisito gusto; y portador de un rico arsenal de nuevas ideas adquiridas en las capitales de Europa que visitó, y favorecido por la fortuna, fué, durante una serie de años, el Arquitecto de moda en Madrid, construyendo infinidad de casas particulares de gran fuste é importancia y algunos edificios públicos, distinguiéndose todos por su sello clásico griego-alemán, del cual era entusiasta y manejó con sabia inteligencia.

La casa de la Plaza de Santa Cruz, la de la Corona de Oro, en la Carrera de San Jerónimo; la reforma del Palacio de Viluma, su casa propia, en la calle de la Libertad; la de la calle del Turco, n.º 18; las de Fornos, en la calle de Alcalá; el teatro de la Zarzuela y la reforma del Senado; y fuera de la Corte, el teatro Calderón, de Valladolid, demuestran bien á las claras que Gándara era artista de cuerpo entero y una personalidad en nuestra profesión, cuya historia le señala como una de las figuras más salientes en ella, no consiguiendo oscurecer su renombre, las animadversiones y contrariedades que tuvo en vida, proporcionadas muchas por alguno de sus émulos destructores y adversarios suyos, que no le faltaron como á todo el que vale y se distingue por cualquier circunstancia en su profesión.

Gándara señala, como Anníbal Alvarez, un segundo período culminante digno de tenerse en cuenta, porque fué, además, maestro de una nueva generación de Arquitectos, entre los cuales el arte y la construcción adquirió nuevos adelanto y progreso.

Alrededor suyo figuran y han figurado después, señalando unos y otros fases importantes en la Arquitectura de Madrid, Mendivil, Jareño, Inza, Cabello y Aso, Lema y Madrazo, estos dos muy anteriores á él, pero que á pesar de figurar como

Arquitectos desde 1850 y 1852, por circunstancias desconocidas se dieron á conocer en sus obras con fecha muy posterior.

Mendivil, á quien la desgracia persiguió, como Profesor de la Escuela y como Arquitecto, supo conquistarse un buen nombre que todos debemos respetar admirando sus obras, conocidas de todos, aun cuando la mayor parte no figuren como suyas.

La Casa de la Moneda, de un tipo sencillo, elegante y original dentro del destino que necesita el edificio, en conjunto y en detalle, es un monumento que deben estudiar despacio nuestros noveles Arquitectos, para convencerse como la *novedad*, como la imaginación, no está reñida con el buen gusto ni con las leyes mecánicas ni estéticas. Las fachadas todas del edificio, en especial la de la calle de Goya, la galería de entrada, las escaleras donde el hierro juega importante papel, las garitas de guardia, la verja, todo, en fin, respira un ambiente de arte y de carácter monumental, que no se ve, por desgracia, hoy en nuestros modernos edificios públicos.

Notable acuarelista y gran dibujante, dejó rastros de su genio en la casa n.º 6 de la calle de Recoletos, y la que fué de Carriquiri en la plaza de Matute, que reformó.

D. Francisco Jareño y Alarcón, fué el Arquitecto oficial durante el reinado de Isabel II, y tuvo la suerte de proyectar y dirigir los más importantes edificios de su época. Pensionado también, ilustró su claro talento, y auxiliado siempre por lo más florido de nuestra escuela, no dejó de realizar obras importantes, aunque sin sello característico, porque no tenía estilo propio: el Tribunal de Cuentas; la Escuela Normal; el primer proyecto que empezó á ejecutarse de Biblioteca y Museo Nacionales; el Matadero; la reforma de la casa de Telégrafos, y otros varios de menor importancia.

Director de la Escuela y profesor de ella muchos años, á pesar de sus genialidades, supo dar cierto esplendor é importancia á nuestra carrera, y dotado de cierto talento práctico y algo rutinario en la manera de ver el arte, tenía condicio-

nes y cualidades que le hacen digno de mención y cariñoso recuerdo.

Inza, era otro carácter: dibujante como pocos nos legó la casa de las Bolas, en la calle de Hortaleza, revelando un genio original é independiente dentro de los buenos principios y de la más sana Arquitectura. El elemento esférico que da nombre á la casa, cuyo dueño fué un afamado jugador de billar, monopoliza en ella valientemente la ornamentación de cornisas, mensolas, repisas y balaustres, con que está decorada la referida casa.

A Cabello Aso, que hoy vive entre nosotros, no hay para qué regatearle los merecimientos propios que su personalidad tiene en nuestra profesión, sin que el apasionamiento exista en las presentes líneas, escritas por quien lleva su mismo nombre y apellido.

Considerado por todos, no comprendido por muchos, combatido por algunos y con envidias de bastantes, Cabello Aso, artista de corazón, idealista exagerado, si en el arte cabe esta palabra, hubiera querido y quisiera que todos los Arquitectos pensaran como él, razonaran como él y vieran el arte por los mismos prismas que él lo ve.

Dedicado á la enseñanza toda su vida, ha procurado siempre infiltrar las sanas ideas del arte y las promociones de Arquitectos que bajo su dirección estudiaron la estética, y la composición de edificios conservan y demuestran como los principios buenos y la enseñanza justa y adecuada deja huellas imperecederas, y no se abandona el arte al extravío y al empirismo sin más que por seguir la moda ó el capricho, amparándose de los malos modelos.

Poco favorecido por la fortuna, no ha podido desarrollar sus ideales en edificios de gran importancia, pero las casas particulares que ha construído en Madrid se señalan por su estilo especial, por la pureza en los perfiles y por un buen gusto, heredado de Gándara, de quien fué predilecto discípulo, y acrecentado luego, por sus viajes al extranjero, el estudio y la observación, siendo el estilo griego-pompeyano el que



más caracteriza sus obras, entre las que pueden citarse la casa n.º 41 de la calle de Alcalá, la de la calle de León, esquina á la de Santa María, y la reforma de la Carrera de San Jerónimo, esquina á la de Echegaray, á más de otras muchas, que en fuerza de revocos han sido groseramente mutiladas y apenas si conservan rastro de su primitiva y elegante fisonomía.

Lema y Madrazo son dos personalidades dignas de mencionarse; razonadores por excelencia, muy bien pudieran representar en España la tendencia del Viollet francés, pues con ellos, el arte y la construcción medioeval supo amoldarse á las costumbres cortesanas del siglo XIX.

Hizo el primero, el Hospital Homeopático de San José, el palacio y casas de Zababuru, en el nuevo Madrid, la casa número 7 de la calle de Serrano y la n.º 16 de la calle de Alfonso XII, y como Arquitecto que fué de la Real Casa, la fábrica de Tapices y varias reformas importantes, ostentando siempre en todas ellas un sello y carácter monacal, austero, pero lógico y razonador hasta en los más mínimos detalles.

Madrazo, cuyas obras de restauración de la catedral de León son bien conocidas, era persona de gran talento, muy lógico en su manera de componer y dotado de un buen gusto, inspirado siempre en la Arquitectura alemana; introdujo en Madrid la novedad de los aleros de madera, de los que tanto se ha venido abusando después; su talento artístico lo demostró en varias construcciones particulares, entre las que descuellan el palacio que existe en las calles de Hortaleza y San Mateo, la que fué su casa en el Paseo del Prado y la reforma de la fachada de la iglesia de Calatrava, pudiendo considerarse su personalidad como un jalón que puede servir para el estudio de nuestra Arquitectura contemporánea.

*
* *

Vino la revolución del año 1869, y aquella notable transformación en la vida de Madrid influyó decididamente en la reforma material de la Villa. Al golpe de la piqueta cayeron

todas las tapias que aun estrechaban la Corte en todas direcciones, entre las cuales pueden contarse las del Salitre, Monteón y Pozos de la Nieve; la iglesia de Santa María, que cerraba el paso de la calle Mayor, fué demolida, dando lugar á la prolongación de la calle de Bailén y construcción de casas particulares, lo mismo que la de Santa Cruz, que sirvió para ensanche de la zona en que dicha iglesia estaba enclavada; la iglesia de San Millán motivó la plaza de su nombre y el derribo del convento de Maravillas, la plaza del Dos de Mayo y el edificio de la Escuela Modelo.

Por entonces se hizo la calle de Campomanes y barriadas adyacentes; al derribar el convento de Santo Domingo, se construyó el teatro de Apolo; se formaron las calles de Pelayo y Santa Teresa; demolidas las tapias de las Salesas se urbanizó la zona en que hoy se encuentra el Palacio de Justicia, una de las más elegantes de la Corte, se ensanchó y reformó el Parque de Madrid, derribándose el Cuartel de Artillería y el de Ingenieros, y la antigua Plaza de Toros, constituyendo la barriada que forman hoy los barrios del Dos de Mayo, el de Alcalá, calles de Olózaga y Marqués del Duero, Plaza de la Independencia y primeras calles del Barrio de Salamanca; los desmontes del Valle-hermoso, los de Chamberí y la continuación del barrio de Salamanca y de Argüelles, ya iniciados antes y llevados á cabo en virtud del plano de ensanche aprobado por fin en 1868.

Transformación tan notable dió lugar á la construcción de importantes y nuevas casas de alquiler, las cuales presentaron en su exterior y en su interior una nueva forma de construcción y un nuevo aspecto digno de tenerse en cuenta.

En planta baja y piso entresuelo se instalaron los comercios con lujosos escaparates, los cafés y principales tiendas ó almacenes. La estructura general de estas casas, de entonación clara, con altos y robustos pilares de granito, ocupando toda la altura de planta baja, dan amplitud y holgura á los establecimientos comerciales, cuyos huecos, así como los del entresuelo, están cerrados casi siempre por arcos rebajados, y la decoración superior, anunciando los primeros reflejos del

arte moderno aplicado á la construcción, ya ha traspasado hoy los límites de lo regular y de lo lógico.

Comparando estos edificios con los construídos en épocas anteriores, hay marcada diferencia producida por la introducción de reformas que tienden á la comodidad del vecindario y al ornato de la población, y por esta razón se levantaron para la aristocracia muchas moradas que contrastan con su magnificencia con lo mezquino de las que tuvo la antigua nobleza, y las clases acomodadas llegaron á tener habitaciones en que se reunían la comodidad y el aspecto agradable.

La construcción de casas en el barrio de Salamanca, debido á la iniciativa de aquel insigne Marqués y llevado á cabo con el solo objeto de obtener el lucro consiguiente á tan importante negocio en aquel entonces, se realizó por contrata y muy á la lijera, y no dió motivo al Arquitecto Lecumberri, entre otros, que prestaron sus servicios al iniciador del barrio de su nombre, para la realización de bellas edificaciones, toda vez que se sometieron todas á un mismo patrón de mediano gusto, pero introdujo, sin embargo, una variación importante y notoria, cual es el establecimiento de patios centrales en las manzanas, con lo que ganó mucho la higiene urbana, sin contar la supresión total de las alcobas y habitaciones de segunda luz, por haber establecido el sistema, para la distribución interior, de las costumbres francesas, con lo que se consiguió un adelanto en la higiene privada.

Acometidas casi á un tiempo toda la reforma y ensanche de Madrid en la barriada de Salamanca y Recoletos, en los años sucesivos del 1869 al 1880, sobresalió por entonces el Arquitecto Cubas, quien, pensionado en Roma, traía ciertas novedades, que aplicó desde luego en las muchas fincas que construyó, ya bajo la protección de su pariente el acaudalado banquero el Marqués de Urquijo, ya por encargo de la escogida clientela que en poco tiempo supo crearse. A esta época pertenecen las casas núms. 13, 15, 17, 27 y 29 del Paseo de Recoletos, la de Isern, en la Carrera de San Jerónimo, la de la calle del Baño (hoy Ventura de la Vega), núm. 5, el palacio de Arenzana, hoy Embajada francesa, y en todas éstas, así como en las que ha construído después, incluso en los edifi-

cios religiosos, asilos y conventos, edificados, en lo que pudiéramos llamar su segunda época; se mostró aficionadísimo á la ornamentación con yeso y escayola, á los corridos y adornos de este material, en todos los detalles, tanto interiores como exteriores, siendo el iniciador de este elemento de ornato, cuyos modelos él supo elegir con bastante buen criterio, pero que sus imitadores y secuaces, que han sido muchos, han bastardeado hasta el punto de convertir las fachadas en verdaderas mascarillas, donde todo elemento es completamente ficticio, dando en aleros, repisas, impostas y otras partes constitutivas, vuelos exagerados de funestas consecuencias para el arte y para el público que transita por la vía pública.

Posterior á Cubas, pero siguiendo sus huellas, aunque con estilo propio y característico, otro Arquitecto logró gran fama en Madrid, construyendo casi toda la barriada que media entre Recoletos y la calle del Barquillo; me refiero á Agustín Ortiz Villajos, á quien la fortuna le fué próspera después de construir la iglesia Hospital del Buen Suceso, su obra notable, y que ha sido el arsenal de donde ha sacado las formas y detalles para cuanto hizo después. El Teatro de la Comedia, la casa Palacio del Marqués de Monasterio, la casa llamada de las Torres, en Recoletos, el Teatro de la Princesa y multitud de casas de alquiler, que sería prolijo enumerar, llevando impreso el estilo peculiar de Villajos, para quien todos los estilos arquitectónicos le eran familiares, adoptando las formas y perfiles suyos dentro del tipo original que le sirvió de inspiración, llegando á tener por esta razón un estilo propio, que se llamó «de Villajos», y que se apropiaba á todas las épocas conocidas de la historia del arte; bizantino Villajos, árabe Villajos, ojival Villajos, y así sucesivamente era de rigor agregar su nombre propio al característico del estilo que él adoptase en sus obras.

Caminaban la Arquitectura y la Construcción en Madrid á una postración grande, iniciándose el mal gusto cuando un genio arrebatado á la vida en lo mejor de ella, vino á privar-



nos de sus destellos, no sin dar tiempo á que dejara rastros de su brillante talento.

Rodríguez Ayuso es una figura nueva, saliente, especial, notable, que los Arquitectos todos tenemos que reconocer como superior.

Dotado de excepcionales condiciones, educado en los buenos principios y con un talento artístico poco común, nos presenta un nuevo género de Arquitectura hasta entonces no conocido en Madrid.

Sacando partido de las formas egipcias, supo darlas en piedra un encanto especial, y hábilmente combinadas con el ladrillo, material que manejó de un modo notable, produjo con su inteligencia privilegiada obras tan colosales, no sólo por su tamaño, sino por su tendencia y valor artístico, como el Palacio de Anglada, las escuelas de Aguirre, las casas de Navas y Urzainqui, la Plaza de Toros y su casa propia al final de la calle de Alcalá, y varias otras particulares.

Verdadera estrella de nuestro arte, murió cuando le estaba reservado un gran porvenir dentro de su profesión, por la que tenía tanto afecto, como poco afán de figurar en puestos oficiales.

A pesar de haber tenido imitadores, nadie ha conseguido aplicar el estilo de Ayuso con la maestría ni oportunidad que lo hizo aquel insigne Arquitecto, á quien difícilmente podrá olvidarse.

*
* *

Hasta aquí, lo que podríamos llamar historia retrospectiva de la Arquitectura y de la Construcción en Madrid. De entonces á nuestros días y en el período que media desde 1875, se han construído en Madrid bastantes edificios públicos, civiles, militares y religiosos, llevándose á cabo reformas parciales de gran importancia y no pocas tentativas y proyectos que por lo grandiosos han sufrido el más imperdonable de los olvidos; tal sucedió con el famoso de la Gran Vía, el del paseo de Circunvalación, la Canalización del Jarama y algún otro por el estilo, habiendo prosperado en cambio el irrisorio «Madrid moderno», bajo cuyo pomposo título aparece á las puertas de

la Corte un barrio de casas mezquinas, aparatosas, mal construídas, en que la gente vive hacinada y sin higiene, y con cuya construcción de fincas, favorecida hasta por personalidades políticas se ha explotado la buena fe de los vecinos de Madrid. Otro tanto puede decirse del nuevo Carabanchel, de la Ciudad lineal y de varios arrabales reformados y urbanizados por manos inexpertas, más amigas del lucro que de proporcionar á Madrid alrededores pintorescos y agradables, donde pudiera vivirse económicamente, disfrutando al propio tiempo de los atractivos de la Corte por medio de fáciles comunicaciones que debieran existir.

Madrid, la capital y Corte de España, por efecto de haber llevado sus reformas paulatinamente, sin plan fijo, sin idea determinada y sólo por satisfacer aspiraciones de tal ó cual Alcalde, de este ó aquel hombre público, resulta una capital mezquina, pobre, de un aspecto que la separa mucho, no sólo de otras capitales del extranjero, con las cuales podía competir, sino aun con algunas de las de la Península, por debajo de las cuales queda, en cuanto á urbanización, disposición y condiciones materiales de vida.

Causa pena contemplar la Glorieta, plaza, ó como quiera llamarse, pues no tiene forma de nada apropiado; en que ha quedado convertida la antigua puerta de Atocha, con mezquino y proletario caserío, dispuesto en distintas rasantes; la nueva y magnífica estación del Mediodía, en un barranco, y el nuevo Ministerio de Fomento en un cerrillo. Verdadero dolor experimenta el ánimo al ver la disparatada disposición de rasantes y el no menos desacertado trazado de calles del barrio del Dos de Mayo, que sepultó al Museo de Pinturas en una hondonada; y á fuerza de ser el caserío construído en esta zona, suntuoso y elegante, resulta el barrio con cierto aspecto de gran capital, aunque falto de los servicios municipales que fueran necesarios.

La plaza de Santa Bárbara, el barrio del Pacífico, gran parte del de Argüelles, muchas calles de la Castellana y algunas del barrio de Salamanca, y también no pocas del interior de la capital, sufren las consecuencias de no tener un plan de urbanización y no haber acometido las reformas de una

vez, á causa, las más veces, casi siempre por mejor decir, de nuestra mala administración local y municipal.

Larga es la lista de los nuevos edificios levantados, reformados ó en proyecto, y bastantes también las reformas verificadas. Entre unos y otros se cuentan la estación del ferrocarril del Norte, la del Mediodía y la de las Delicias, el cuartel de María Cristina, el Hospital Militar, el Banco de España y la Bolsa de Comercio, el edificio para Biblioteca y Museo nacionales, el Ministerio de Fomento, la Escuela de Minas, la de Ingenieros de Caminos, el Palacio de las Artes y de la Industria, el Hipódromo, el Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, las iglesias de Santa Cruz, Santo Domingo, el Real, la del Perpetuo Socorro, y la nueva de San Ignacio, las reformas de los templos de San Jerónimo, San Francisco el Grande y la Capilla del Obispo, los conventos de las Salesas, Hermanas de los Pobres, Beato Orozco, Adoratrices y Concepcionistas; los Colegios de Loreto y de las Ursulinas, el Asilo de las Mercedes, el Hospital del Niño Jesús, el de San Juan de Dios, el de San Martín, el de Epilépticos, el ensanche de los cementerios de San Isidro y San Justo, la Cárcel Modelo, el comienzo de la Necrópolis del Este, la ampliación del Palacio de Buenavista, las obras de reforma del Parque de Madrid, el comienzo de la Catedral de la Almudena, el viaducto de la calle de Segovia, los monumentos á Colón, Isabel la Católica, Marqués del Duero, Reina Cristina, Ruiz, Casola, Bazán, Duque de la Victoria, levantados unos por merecimientos legítimos, otros por simple capricho ó adulación, las plazas de Madrid y de Cánovas, las Glorietas de Quevedo y San Bernardo, el ensanche de la calle de Sevilla, la casa de la *Equitativa*, el edificio para los Juzgados, la fachada del Teatro Real, las reformas y terminación del regio Alcázar, las nuevas obras del campo del Moro, la formación del Barrio de Monasterio, en la prolongación de la Castellana, y multitud de fincas particulares, palacios y hoteles, construídas de nueva planta en los barrios modernos y en el antiguo Madrid, que en unión de los Edificios enumerados y las reformas referidas, unos y otros, debidas en gran parte á la iniciativa y bolsillo particulares han cambiado total-

mente la fisonomía que de Madrid nos pintan sus cronistas hasta 1876 ó 1880.

Los adelantos constructivos en estos veinticinco ó treinta años ha sido notable, tanto en el conjunto de la construcción misma como en sus detalles.

Desterrada casi la construcción entramada, empléanse las fábricas de ladrillo, atadas con cadenas del mismo material, unidas con cemento; el hierro juega importante papel en los apoyos de planta baja y en los suelos, empleándose también en las armaduras, en los edificios de gran importancia; los estucos y pinturas al temple substituyen al papel pintado con ventaja; la higiene ha tomado carta de naturaleza en retretes, fregaderos y baños; se estudian con cierto detenimiento, (no con el necesario todavía) los desagües, alcantarillado, ventilación y calefacción de los edificios, y se establece en ellos todas las comodidades posibles, á lo que contribuyen los nuevos inventos y la moderna industria en los ascensores, el alumbrado y los timbres eléctricos, los cierres metálicos, existiendo medios ornamentales para el embellecimiento interior de las habitaciones, que permiten la más exigente dar rienda suelta á su imaginación y fantasía.

En nuestros días dos Arquitectos se llevan la palma y merecen citarse como dignos paladines de la noble profesión que á todos nos hermana: sus nombres son bien conocidos, y de ellos me he ocupado ya en algunas ocasiones. Son Arbós y Velázquez, y ambos representan, por decirlo así, la Arquitectura moderna.

Arbós, con carácter más independiente, é interpretando el arte con más libertad, pero con gran entendimiento, y amparándose de los nuevos elementos constructivos, señala una nueva etapa, que puede dejar prosélitos, porque es digna de imitarse, y sus obras lo atestiguan: ahí están sus trabajos para la Necrópolis del Este; su proyecto para la Basílica de Atocha, en curso de ejecución; las casas de Osma, las de Villasante, en la calle de Columela y la de la calle de Alcalá,

número 80, en todos las cuales la novedad y el buen gusto campean sin romper los principios lógicos del Arte, aunque alguien las critique sin saber lo que juzga.

Velázquez, dibujante notable y hombre de buen gusto, inspirado en el clasicismo, comprende y maneja la Arquitectura, sabiamente á mi entender. Es el que ha conseguido adoptar los procedimientos industriales de arte con más buen sentido, y los cementos, la cerámica, los tallados y mayólicas han encontrado en él un gran propagandista, que demuestra como no es incompatible el Arte con la Industria, lejos de esto: es la última poderoso auxiliar del primero, al cual debe someterse.

Conocidas son sus obras, y tanto en el edificio para Escuela de Minas, como en el palacio de Exposiciones del Retiro, en el nuevo Ministerio de Fomento, como en la reforma y restauración del Casón, en la casa de D. Germán Gamazo, como en el palacio de Monistrol, nos deja ejemplo palpable de su talento artístico, de su genio lógico y razonador.

Alguien achaca á Velázquez poca novedad, si por tal se entiende el desenfreno de líneas y perfiles, la acumulación de motivos, sin ton ni son, la rotura de la línea y el extravío. Velázquez no es nuevo en su forma de hacer ni Arbós tampoco, pero sí, como yo entiendo, aquello no es Arquitectura, y es por el contrario, la proporción de partes, la sencillez de líneas, la pureza de perfiles, el acuerdo de la forma con la estructura, la razón de ser del edificio, resulta que ambos son cada uno dentro de su estilo y de sus condiciones, los dos Arquitectos verdaderos que hoy tenemos con estilo propio.

En torno suyo puede agruparse el difunto Aguado, que aunque anterior y maestro de ambos en la Escuela, sus años de pensión no le permitieron darse á conocer en Madrid como constructor hasta después de la época que nos ocupa. Era dibujante correcto, y afiliado á la escuela moderna francesa, supo su delicado gusto contenerse dentro de los necesarios límites para no caer en los errores de los arquitectos franceses que trató de imitar.

El palacio de Elduayen y las casas contiguas de la propiedad del mismo, el Monumento de Ayala y el de la Reina Cristina, el edificio para Academia de la Lengua, en sus detalles, sobre todo, presentan á un Arquitecto digno de figurar entre los que nos ocupan.

Hoy, como mantenedores del nombre y esplendor de nuestra noble carrera, figuran Aparici y Avalos, que aunque de otra época, se hallan á la cabeza de la Profesión, el primero desde la Escuela Superior que dirige y donde sabiamente explica la Construcción razonada del Arquitecto; y el último desde la Academia y Juntas Consultivas de que forma parte, con sus dictámenes é informes técnicos y administrativos.

Después están : Lázaro, á quien corresponde de derecho la introducción en Madrid del nuevo procedimiento constructivo, llamado á la *Catalana*, importado de la capital del Principado, por los maestros y artífices venidos de ella, y que él, con buen talento, y tras largos estudios y observaciones ha hecho aplicable á la edificación en Madrid, habiéndolo empleado con éxito en las muchas construcciones urbanas que lleva realizadas y en la de algunos Edificios destinados á Conventos y Asilos costeados con fondos particulares, procedimiento empleado ya por algunos otros compañeros como Maraón, uno de los Arquitectos que más construye en la Villa y Corte, autor del Hospital para Enfermedades infecciosas, cuya disposición y planta son dignas de estudio, y de algunas Iglesias y Conventos, todas cuyas obras tienen un particular sello que las caracteriza.

Viene luego Sallaberry, que en todas sus obras revela su talento artístico y en la última realizada, la casa de la Revista *Blanco y Negro* nos ha demostrado como el Arte moderno cabe en la Arquitectura, sin olvidar los buenos principios que deben presidir en sus concepciones.

Finalmente, Repullés y Vargas, Fort, Adaro, Urioste, Mérida y Lampérez, con sus obras, sus escritos, ora en la Academia, ya en la Escuela ó en el Ateneo, forman un núcleo que contribuye poderosamente al prestigio é importancia de nuestra Profesión, y es de esperar que con sus esfuerzos y trabajos

dignos de loa, consigan que nuestro Arte bello pierda el *eclecticismo*, marcada señal de su decadencia al finalizar el siglo XIX (1).

LUÍS M.^a CABELLO Y LAPIEDRA

Arquitecto.

Madrid, 1898.

(1) Escrito ya este artículo y remitido á su destino, nuestro compañero el Sr. Lázaro de Diego dió una conferencia en la Sociedad Central de Arquitectos de Madrid, que versó sobre el mismo ó parecido tema que este trabajo, pero tratado aquél de distinta manera aunque con más brillantez, no he titubeado en darle á la publicidad, correspondiendo á las atenciones de mis compañeros de Barcelona.

